Entonces el desventurado amante de María cayó al suelo presa de violentas convulsiones.

. . . . . .

. . . . . .

El padre de María lloró á su hija mucho tiempo, pero al fin llegó el olvido, ese tirano que lo extingue todo, y, tras de él, la indiferencia.

Algunas veces, por deber, iba á colocar una corona sobre la losa que guardaba el cuerpo de la tísica, y siempre veía un ramo de blancas azucenas, y cerca de allí, á Juan que contemplaba la sepultura.

Entonces el buen hombre sonreía con benevolencia, y mirando al huérfano exclamaba á media voz:

—Pobre muchacho, ¡singular locura!

---

PARA BALBINO DAVALOS.

# NOCTIVAGA.

Recoge la sucia falda, ríe á los transeuntes y camina con movimiento de culebra, balanceando en las caderas su endeble busto de chiquilla.

Es bonita.

Tiene cerúleas pupilas como una núbil del Rhin, formas casi infantiles, y sonrisa picaresca, provocadora, de pilluela, de plebella.

¿Por qué está alegre esa huerfanilla sin padres, ni casa, ni alimento que llevar cotidianamente á su boquita bermeja?

¿De dónde vino?

¿Bajó mecida por tenue celaje esfumado en auríferas nébulas de oro?

¿Brotó del cáliz de regia flor de lis como arábigo perfume hecho mujer?

Ella lo ignora.

Pero un diablejo peludo y negro, maleante y locuaz, que es mi amigo y me cuenta historias maravillosas, abrazado al candente tubo de la lámpara y haciendo caprichosas muequecillas, me ha relatado la novela de la niña rubia que á las horas negras pasea por las callejuelas, ríe con los hombres y no tiene hogar, ni pan, ni familia.

No descendió de una nube.

Emergió de los más hediondos poros de la gran madrépora.

Es una flor del vicio, enferma y sin perfume.

Su hermosura semeja á las burbujas del pantano, que naciendo en el fango son de adamantino cristal y retratan las estrellas y los girones de nube que vuelan errantes en el cielo.

Fué engendrada entre los bulliciosos clamores de una noche de crápulas.

Fundiéronse todas las humanas lujurias en bestial contubernio, y á los frenéticos espasmos de dos parias, brotó en el estéril vientre de



la corrupta impulsiva, el prístino y venenoso germen de su ser.

Nació enfermiza y triste, no hubo un seno que cariñoso la amamantara, no tuvo cunita de encajes donde acurrucarse y cobijar las pesadillas blancas de la inocencia; sintió hambre muchas veces, y no pocas tiritó de frío, entumecida y casi exánime, como tierna avecita á quien sorprende en un árbol sin hojas la nevasca.

Cuando pudo andar, manchó sus pies en el barro del arroyo, y en los días inclementes guarecióse del frío ó de la lluvia en el solitario rincón de alguna puerta cerrada, arropándose en desgarrados andrajos!....

Creció sin cultura, sin ideales, en sociedad con hombres perversos y mujeres envilecidas, acostumbrada á una vida de licencias y privaciones, en promiscuidad de sexos repugnante, sin pensar nunca de dónde había nacido, ni adónde iría....!

Después vagó, arrastrando sus chancletas rotas en los empedrados,

aprendió obscenidades de la canalla, y así, semidesnuda, enseñando todos los secretos de su incipiente y baldía belleza, pidió limosna, voceó periódicos ó billetes de lotería, hurtó pañuelos, y riendo con descoco de prostituta, fué á un lugar indecente donde con su cuerpo de niña, sació las prematuras concupiscencias de un granuja....

¡Siniestro epitalamio!

No tuvo rubores y emociones, no experimentó ningún deleite, ni se abandonó á los brutales tocamientos del seductor poseída del vértigo amoroso, no fué ofuscada por los enardecimientos de una fiebre pasional....¡fué ebria!....¡borracha de alcohol!....

En su cuerpecillo impúber, hasta entonces virgen, posáronse violentas las manazas del leperillo, y los besos que estallaron en su boca trascendían á aguardiente y á tabaco....

Se pervirtió en la sombra con furor de perra en la época del celo, riñó, fué á la cárcel y tuvo un amante de quince años que la golpeaba,



tenía más vicios que un galeote, y huía de la policía, porque era ladrón!

.....

Y famélica, escrofulosa y encanijada, con su raquitismo de mujer violada antes de tiempo, fué á vagabundear por las calles, á la hora en que flamean en los faroles los mecheros del gas, arrastrando en las banquetas sus almidonadas enaguas, hablando picardías, tirando á las levitas de los caballeros y atrayéndoles á los antros mas sombríos.

Entró en los cafés, embriagóse con cerveza y ajenjo en las cantinas, esperó á los concurrentes en el vestíbulo del teatro y dormitó en cualesquier camaranchón de un hotel barato, complaciendo siempre á un amante lascivo y brutal.

.....

Estuvo enferma.

¡Asquerosa enfermedad!

Sus caricias fueron terribles: aquel espectro del carnal pecado, que, caminaba haciendo repiquetear sus tacones de palo en las baldosas, vendía el virus á precio vil, envene-

naba con la ponzoña recogida en el inmundo estercolero social.

Muchos incautos vieron su cuerpo corrompido en repugnante lepra, y, alguno, sufrió una mutilación nefanda que lo impulsó al suicidio.

Ella nada ignoraba, y, reía, reía...!

¡Siempre reía!

. . . . . .

Cierta noche, unos señores vestidos de negro, después de grandes fatigas y astutas estrategias, diéronle caza y no valieron lágrimas, protestas de honradez ni amenazas.

Ocupó una cama en el Hospital de San Juan de Dios, cubriéronse de pústulas sus carnes, tuvo horribles delirios, temores á la muerte, y, de mala gana soportó un mes de padecimientos para rodar de nuevo al arroyo, llevando en el bolsillo la libreta de segunda clase.

Desde entonces corre en las noches como fiera hambrienta en busca de un varón...! de una moneda!

. . . . . .

Esa es la novela de la niña rubia que á las horas negras pasea por



las callejuelas, ríe con los hombres y no tiene hogar, ni pan, ni familia, tal cual la refirió aquel diablejo peludo y negro, maleante y locuaz, que es mi amigo y me cuenta historias maravillosas.

---